

Domingo II del Tiempo ordinario

Ciclo A

“Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”

Juan 1, 29-34



Isaías 49, 3.5-6 • “Te hago luz de las naciones, para que seas mi salvación”

Salmo 39 • “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”

1 Corintios 1, 1-3 • “A vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”

Juan 1, 29-34 • “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”

Reflexión y oración

- Ruego por pedir el don de comprender el Evangelio y poder conocer y estimar a Jesucristo y, así, poder seguirlo mejor. Apunto algunos hechos vividos esta semana que ha acabado
- Leo el evangelio, después contemplo y anoto lo que me ha llamado la atención.
- Ahora apunto aquello que me dicen sobre “Reino de los cielos”; las obras y palabras de Jesús, sobre la BUENA NOTICIA que escucho...
Israel, representado por Juan, ve completadas sus esperanzas en Jesús. ¿Cuáles son mis esperanzas y las de mi pueblo (cuadrilla, clase...)? ¿Encontramos en Jesús las respuestas a estas esperanzas?
- Y vuelvo a mirar la vida, los HECHOS vividos, las PERSONAS de mi entorno... desde el Evangelio
¿En qué hechos vividos esta semana he recibido testimonio de alguien, alguien me ha mostrado a Jesús?
Y yo, ¿he dicho a otros de los que me rodean aquello de “mirad a Jesús”?
- Descubro la llamadas que me hace -nos hace- el Padre hoy a través de este Evangelio y pienso en un compromiso personal.
- Finalizo el diálogo con Jesús dando gracias y pidiendo en mi oración

Notas para fijarnos en el Evangelio

Para fijarnos en Jesús y el Evangelio

- ◇ Jesús aparece “ *viniendo*” hacia Juan Bautista, que representa las esperanzas de Israel (29). Es la primera aparición de Jesús en este Evangelio. Jesús, que “*viene*”, da cumplimiento a las promesas de Dios (Is 40,10). “*Viene*” a hacer realidad que el dominio del pecado será desechado del mundo (29) cómo había anunciado el profeta Isaías (Is 40,2).
- ◇ El evangelista destaca al Bautista como testigo enviado por Dios. Primero ha sido instrumento humilde para que “*él se manifestara en Israel*” (31). Ahora da testimonio (32.34), lo muestra a todo el mundo que quiera “*mirar*” (29). Hace falta “*mirar*” Jesús (Jn 1,29.35) e «*ir a vivir con Él*» (Jn 1,39.46) para «conocerlo» (Jn 1,26; 8,19; 10,14; 14,7ss; 17,3), «amarlo» (Jn 14,15.21ss; 16,27; 21,15ss) y «seguirlo» (Jn 1,37ss; 1,43; 8,12; 10,4.27; 12,26; 21,19.22).
 - El testimonio del Bautista acerca de Jesús es claro reconocimiento de la superioridad del Mesías: Jesús es anterior a Juan: “Está por delante de mí, porque existía antes que yo” (Jn 1,30;1,1). Le supera en dignidad, ya que Juan no merece desatar la correa de su sandalia (Mc 1,7); Juan bautiza sólo en agua (Jn 1,3 1 -1 Mc 1,8); Jesús “ha de bautizar con Espíritu Santo” (Jn 1,33); Jesús es el novio, al que pertenece la esposa, mientras Juan sólo es el amigo del novio (Jn 3,29). Y, como se dice hoy, Juan llama a la conversión de los pecados (Lc 3,3), mientras Jesús es “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.
- ◇ Otra característica de este Evangelio es que pone un acento especial en la acción del Espíritu Santo sobre Jesús (32-33). Con este acento se pone de manifiesto que en Jesús se cumple otro anuncio de Isaías: “*El Espíritu del Señor se pondrá encima de él...*” (Is 11,2). Jesús es, pues, el Mesías. El Espíritu es quien hace de Jesús “*el Hijo*” (34) (ya lo expresaba el texto del pasado domingo, Mt 3,13-17). Juan Bautista es testigo de que Jesús lo ha recibido (32) y que bautiza con el Espíritu (33); es decir, el Bautista tiene interés en decir que Jesús da el Espíritu Santo a todo el mundo que lo quiera recibir. Y el fruto del bautismo de Jesús, que transforma en lo más íntimo, es que quien lo recibe se convierte en hijo/a de Dios.
- ◇ Como en todo ‘el tríptico’ que contemplamos (Mt 2,1-12 || Mt 3,13,17 || Jn 1,29-34), esta escena se centra en la identidad de Jesús. Por boca del Bautista se le denomina “*el cordero de Dios*” (29). El título “*Cordero de Dios*”, aplicado a Jesús, aparece dos veces en el Evangelio de Juan, otras dos en la 1ª de Pedro, una vez en Hechos, y unas treinta en el Apocalipsis. Pero, ¿en qué sentido se dice que Jesús es “*el cordero...*”? ¿De qué cordero se trata? ¿Qué sugiere esa figura? Tres interpretaciones son posibles.
 - El cordero más conocido en la historia de Israel era el que se inmolaba todos los días en el templo, con sentido de adoración más que de expiación. Además, el sacrificio de corderos estaba previsto en otros momentos: en sábado (Nm 28,9), en el primer día del mes (Nm 28,11) en las fiestas solemnes (Nm 28-29), en la restauración del templo (2 Cr 29,22), en la purificación de los leprosos (14,10ss) y de la mujer que da a luz (Lv 12,6), en el sacrificio expiatorio (Lv 4,32), y en la ofrenda espontánea o en cumplimiento de un voto (Nm 15,2-5). ¿Era Jesús quien, como cordero de Dios, llevaba a su cumplimiento y plenitud esas ofrendas?
 - Más acertada parece la relación con el “cordero pascual”: “Os han rescatado... con la preciosa sangre de Cristo, cordero sin mancha” (I Pe 1, 18-20); “vi un cordero como sacrificado... porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación...” (Ap 5,6ss); “nuestra víctima pascual (= nuestro cordero pascual), Cristo, ha sido inmolado” (I Cor 5,7). Se ve, pues, a Cristo como verdadero cordero pascual, en oposición a los que, en la fiesta de Pascua, se inmolaban en el templo y se comían en casa. Este significado se refuerza por la insistencia del cuarto evangelio en el hecho de que Jesús fue crucificado la víspera de Pascua (Jn 13,1; 18,28.39- 19,14.31.42), en el mismo día y casi a la misma hora en que eran inmolados los corderos en el templo y, en lugar de romperle las piernas, tormento normal con los ajusticiados, a Jesús no le rompieron ningún hueso y sólo fue atravesado por la lanza (Jn 19,36).
 - Por último, Jn 1,29 podría relacionarse con los impresionantes poemas del Siervo de Yahvé: Is 52,13-53,12. El paralelismo de las ideas de ambos textos bíblicos es sorprendente: el dolor, el pecado, la pasión, la expiación libremente aceptada. El Siervo de Yahvé, como un cordero llevado al matadero, carga con nuestros dolores y enfermedades (cfr. Mt 8,17).
- ◇ El Evangelio de Juan tiene interés en decir que Jesús es “*un hombre*” (30). Antes, en este mismo capítulo (Jn 1,14), con la palabra carne, ha destacado la condición humana de Jesús (limitación). Más adelante sigue Juan presentando a Jesús como un hombre (Jn 4,29; 5,12; 7,12.46; 9,11.12.16.24; 10,33; 18,17.29; 19,5.12). De todas estas, destacar la proclamación de esta ‘verdad’ de la fe cristiana que el evangelista pone en boca de Pilatos: “*¡Aquí tenéis el hombre!*” (Jn 19,5). En Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, tenemos la verdadera imagen de Dios y la verdadera imagen de la humanidad tal y como Dios la creó (Gn 1,27).

HAZNOS SENSIBLES A TU VOZ

Estás en el corazón de todo lo creado
proclamando tu mensaje de vida.

En las cosas que duermen
y en las que despiertan

y cantan,
silban,
gimen,
acarician
o golpean.

En los seres cuando hablan
y en su silencio que nos sobresalta:

en el jadeo de los que sufren,
en el diálogo de los que aman,
en la risa de quienes viven

y en el grito de quienes no tienen palabra.

Estás en todas partes
y a cualquier hora.

Hablas en el susurro callado
de la historia más cotidiana.
¡Tantas veces te he dicho que hables,
que digas, que hagas algo!
Y estás hablando siempre,
sobre todo, cuando yo callo,
y miro y observo y contemplo...
Tú, Espíritu, lo llenas todo
y yo sólo veo apariencias,
cuando no obstáculos.
Haznos sensibles a tu voz,
a tus susurros y tus gemidos,
a tu risa y tu clamor,
para que podamos descubrir
tu rostro, tus manos, tu palabra,
aquí, en nuestra vida cotidiana
que Tú sostienes y recreas cada día.

(Fl. Ulibarri; Al viento de tu Espíritu)

GRACIAS, PADRE, POR EL ESPÍRITU

Te bendecimos, Padre, por el don del Espíritu
que, por tu Hijo, haces al mundo.

Lo hiciste al principio, en los orígenes de todo,
cuando incubabas el universo al calor del Espíritu
para que naciera un mundo de luz y de vida
que pudiera albergar al género humano.

Te damos gracias porque, mediante tu Espíritu,
lo sigues creando, conservando y embelleciendo,
para que nuestro caminar no sea triste y agorero
y podamos disfrutar de las primicias del Reino.

Te bendecimos por haber puesto tu Espíritu
en hombres y mujeres, niños y adultos;
y por el don continuo que de él has hecho
siempre en la historia humana:

Espíritu de fuerza en sus jueces y gobernantes;
Espíritu rector en sus líderes fieles;
Espíritu creador en sus sabios investigadores;
Espíritu soñador en sus artistas y poetas;
Espíritu solidario en sus pobres, pobres;
Espíritu de vida en el pueblo siempre.

Te bendecimos, sobre todo, por Jesucristo,
lo mejor de nuestro mundo,
el hombre "espiritual" por excelencia.

Vivió guiado por el Espíritu,
evangelizando a los pobres,
ayudando y fortaleciendo a todos...
hasta que, resucitado, comunicó a su Iglesia,
y a los que buscan con corazón sincero,
ese mismo Espíritu.

Te alabamos por la acción de tu Espíritu
en los profetas,
en los reformadores,

en los educadores,
en los revolucionarios,
en los mártires,
en los santos,
en todas las personas buenas...

Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar
por la verdad, la justicia y el amor,
luz para comprender a todos,
ayuda para servir,
generosidad para amar,
solidaridad para vivir,
paciencia para esperar...

Padre, que tu Espíritu sople sobre la Iglesia,
dándole unidad y nueva savia evangélica;
que traiga la libertad, la igualdad y la fraternidad
a todos los pueblos, razas y naciones.
Y, finalmente, haznos sensibles
a la acción de tu Espíritu en el mundo y en la historia.

Ayúdanos a descubrirla en la ciencia,
en la cultura, en el trabajo, en la técnica,
en todo aquello en que el ser humano y el Espíritu
preparan conjuntamente el alumbramiento
de los nuevos cielos y la nueva tierra.
Por Jesucristo, tu Hijo resucitado
y hermano nuestro. Amén.

(Fl. Ulibarri; Al viento de tu Espíritu)



VER

Quienes tenemos ya cierta edad recordaremos una campaña institucional que se hizo allá por 1968, cuyo lema era ‘Contamos contigo’, con el fin de animar a la sociedad española a practicar deporte y a concienciar sobre el beneficio que suponía. Aunque la respuesta no fue masiva, el lema se difundió entre la población y desde organismos oficiales y otras entidades se pusieron en marcha iniciativas para fomentar el deporte entre los ciudadanos.



JUZGAR

El domingo pasado estuvimos celebrando la fiesta del Bautismo del Señor, y contemplábamos la manifestación completa de la Santísima Trinidad: el Hijo recibiendo el Bautismo, el Espíritu Santo bajando sobre Él, y la voz del Padre: “Éste es mi Hijo amado”. Y, gracias al Bautismo de Jesús, decíamos también que el Bautismo imprime en el cristiano un sello espiritual indeleble (‘carácter’) de su pertenencia a Cristo. El Bautismo nos ‘marca’ para siempre, y esto no es sólo un concepto teológico: es algo que afecta, o debería afectar, a toda nuestra vida, porque si el Bautismo nos ‘marca’ o imprime carácter, eso significa que nuestras palabras, pensamientos, decisiones, acciones... deben manifestar este ‘carácter’, siendo fieles al Bautismo recibido.

Tras la fiesta del Bautismo del Señor, hemos comenzado en la liturgia el Tiempo Ordinario, durante el cual no celebramos ningún misterio concreto de la fe, sino que vamos siguiendo al Señor en lo ‘ordinario’ de nuestra vida. Pero esto no significa que este tiempo sea algo sin importancia: el ‘tiempo ordinario’, los días sin acontecimientos especiales, constituyen la mayor parte del tiempo de nuestra vida, y es ahí donde debemos mostrar y manifestar nuestra fe.

Y por el Bautismo que hemos recibido, hoy podemos decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos dicen: ‘Contamos contigo’, para que, en ese ‘tiempo ordinario’ de nuestra vida, demos testimonio de nuestra fe, del ‘Dios-con-nosotros’ que hemos celebrado durante la Navidad, como hizo Juan el Bautista: “Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

Quizá no nos lo creamos, pero la Palabra de Dios nos ha recordado que no es una iniciativa nuestra, sino de Dios. En la 2ª lectura, san Pablo es consciente de que ha sido “llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios...” La vida cristiana es una ‘vocación’, es la respuesta a una llamada cuya iniciativa parte de Dios.

Y en la 1ª lectura, también Isaías se siente llamado por el Señor a ser su profeta: “Tú eres mi siervo...” pero “es poco que seas mi siervo... Te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”. Y a nosotros Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo también nos dice a cada uno: «Contamos contigo. Eres mi siervo: rezas, vienes a Misa, cumples unas normas morales y preceptos... pero es poco que te quedes en eso. Contamos contigo para que des testimonio como cristiano allí donde desarrollas tu vida: en tu familia, en tu trabajo o estudios, entre tus amigos y compañeros...»

Y al escuchar esto, como ocurrió cuando se lanzó la campaña para practicar deporte, la reacción puede ser de rechazo: ‘Eso no va conmigo’, ‘me da pereza’, ‘ya estoy mayor’, ‘no tengo tiempo’... Pero también se puede reaccionar con alegría: ‘Es bueno’, ‘me gustaría’, ‘lo necesito’... Y responder, como hemos repetido en el Salmo: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”.



ACTUAR

Como al empezar a hacer deporte, quizá pensemos que para ser testigos del Señor necesitamos mucha preparación, o un ‘equipamiento’ especial, unas cualidades y habilidades... Pero miremos a Juan el Bautista: “Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua... Y yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios...” Juan reconoce que no tiene claro quién es Jesús, no lo conoce bien, tiene una idea... pero se pone en marcha y va observando los signos del Espíritu Santo, que le llevan a descubrir la presencia del Hijo de Dios y así señalarlo a los demás.

Hoy Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos dice: ‘Contamos contigo’. Respondamos como en el Salmo: “Aquí estoy”, y aprovechemos los medios que se nos ofrecen desde la parroquia: las celebraciones y oraciones, los Equipos de Vida, las actividades de las diferentes áreas pastorales... para ser apóstoles, testigos que muestran a los demás la presencia del Hijo de Dios entre nosotros.